

Américo Paredes^b

Entre las figuras mexicanas más discutidas resalta el macho, el superhombre del vulgo. Ha sido preocupación de sicólogos, sociólogos, filósofos, historiadores, poetas y hasta folkloristas. Algunos, como el folklorista Vicente T. Mendoza, lo han explicado como fenómeno causado por el clima, o tendencia heredada por los mexicanos de los andaluces¹. Por otra parte, muchos otros comentaristas le han dado al machismo explicaciones basadas en las teorías de Freud. El machismo —se nos dice— tiene sus orígenes en la Conquista, cuando Hernán Cortés y sus conquistadores llegan a México y violan a las mujeres de los aztecas. De este acto de violencia nace el mestizo, quien odia y envidia al padre español y desprecia a la madre india —en ambos casos como resultado de sus complejos edípicos—. Varios han sido los autores mexicanos que han tomado este derrotero, pero sirve señalar a Samuel Ramos como iniciador y a Octavio Paz como uno de los más elocuentes defensores de esta teoría. En Argentina también, notemos de paso, Ezequiel Martínez Estrada intentó aplicar similar punto de vista al gaucho². Los rasgos característicos del machismo son ya bien conocidos, encontrándose entre ellos la bravata exagerada, el marcado simbolismo fálico, la identificación del hombre con el animal macho y la ambivalencia hacia la mujer, que varía de una actitud abyecta y llorona al desprecio abusivo. El macho mexicano, nos dice Santiago Ramírez, “es terriblemente aficionado a todas aquellas prendas de

vestir, simbólicas de lo masculino: el sombrero, ya sea de charro o el borsalino; la pistola, el caballo o el automóvil serán su lujo y orgullo”³. El machismo encuentra expresión en el folklore mexicano, sobre todo en la canción. Así nos dice Felipe Montemayor, “Las canciones del mexicano son abiertamente lloronas y dirigidas a la mujer que se fue ‘sin duda con otro más hombre que yo’,... en las que confiesa paladinamente su frustración y fracaso; el resto son una serie de frases típicas del despechado, de quien pretende encubrir su humillación o el desprecio de que es víctima recurriendo a formas agresivas o compensatorias”⁴.

Si todo esto es resultado de la violación de algunas mujeres indias por los soldados de Cortés, entonces el machismo mexicano es muy antiguo; ha existido unos cuatro siglos por lo menos, suponiendo que el efecto no tarda mucho en aparecer después que se presenta su causa. Entonces se podría hacer un interesante estudio de las expresiones folklóricas del machismo mexicano, desde tiempos del primer mestizo hasta el presente. Tal obra no se puede esperar ni de los sicólogos ni de los poetas, a quienes debemos solamente someras referencias a la canción mexicana y otros géneros folklóricos. La esperaríamos de un folklorista, un Vicente T. Mendoza por ejemplo. Y en efecto existe por lo menos un estudio de la pluma de Vicente T. Mendoza sobre el tema, “El machismo en México a través de las canciones, corridos y cantares”, publicado en Buenos Aires en 1962⁵. En dicho ensayo, uno de los últimos que nos dejó el finado folklorista mexicano, se hace constar que “existen dos clases de machismo: uno que podríamos llamar auténtico, caracteri-

^a Este trabajo fue leído ante la Sección de Folklore del XXVII Congreso Internacional de Americanistas, Mar de la Plata, Argentina, el 9 de septiembre de 1966. Está basado principalmente en investigaciones hechas con la asistencia de una beca de la fundación John Simon Guggenheim y de una subvención de la Universidad de Texas.

^b Department of English and Anthropology University of Texas, Austin, Texas.

¹ Vicente T. Mendoza, *Lírica narrativa de México: El corrido* Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM, México, 1967. Estudios de Folklore No. 2, p. 34; “El machismo en México a través de las canciones, corridos y cantares”. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología*, III Ministerio de Educación y Justicia, Buenos Aires, 1962, p. 75.

² Ezequiel Martínez Estrada, *Radiografía de la pampa*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1942; primera ed. 1933, 2 ts.

³ Santiago Ramírez, *El mexicano: Psicología de sus motivaciones*, Editorial Pax, México, 1959, p. 63.

⁴ Felipe Montemayor, “Postemio antropológico”, *Picardía mexicana*, Libro Mex, México, 1960, pp. 229–230.

⁵ Vicente T. Mendoza, “El machismo en México a través de las canciones, corridos y cantares”, *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología*, III Ministerio de Educación y Justicia, Buenos Aires, 1962, 75–86.

zados por verdadero valor, presencia de ánimo, generosidad, estoicismo, heroísmo, bravura," etcétera, y "otro, sólo de apariencia, falso en el fondo, que oculta cobardía y miedo, solapados con exclamaciones, gritos, balandronadas, bravatas, soflamas, palabrería... Superhombria que cubre un complejo de inferioridad"⁶. Sigue Mendoza, citando más de treinta canciones, corridos y cantares mexicanos como ejemplos de lo que él llama "machismo auténtico" y "machismo falso".

Hay por lo menos tres puntos de interés para nuestro tema en el estudio de Mendoza. El primero está en su definición de las dos clases de machismo. El "machismo falso" de Mendoza —el de las "balandronadas, bravatas y soflamas"— es lo que todos los otros comentadores sobre la materia llamarían el "verdadero" machismo, la configuración de actitudes que tanto ha preocupado a escritores tan diversos como Samuel Ramos y Octavio Paz. Lo que Mendoza llama "machismo auténtico" no es tal cosa; es simplemente la valentía y ocurre en los cantos folklóricos de todos los países, pues en todos los pueblos se ha admirado a los hombres valientes que mueren por la patria, por un ideal, o simplemente porque no quieren vivir sin el honor o sin la fama. Es el ideal heroico en cualquier época y en cualquier país. En segundo lugar, los ejemplos que nos da Mendoza de cantares de bravucones datan del último tercio del siglo XIX y del primer tercio del siglo XX. Es decir, pertenecen o a la época revolucionaria o a la porfiriana que precedió la Revolución. Finalmente, y esto es lo más sorprendente de todo, de todos los ejemplos que nos da Mendoza de canciones, corridos y cantares ilustrativos del machismo mexicano, no ocurre en ninguno de ellos siquiera una vez el vocablo *macho* o alguno de sus derivados. Los héroes de las canciones que cita Mendoza "mueren como los hombres"; se dicen ser "muy hombres" y son "valientes" o "bravos". Pero nunca son "machos". Las palabras *macho* y *machismo* ocurren repetidas veces en el estudio, pero solamente en la discusión que hace Mendoza de este supuesto fenómeno mexicano.

El lector que creyera que los ejemplos dados por Mendoza no son representativos puede consultar las colecciones de Vázquez Santa Ana, de Rubén Campos, o de otros incluyendo al propio Mendoza⁷. No hallará ni huellas del machismo en las canciones de la época colonial, de la guerra de independencia o siquiera de la Reforma. Encontrará en ellas a muchos hombres valientes, pero rara vez al bravu-

cón. El bravucón mexicano como tipo folklórico lo empezamos a encontrar en las décimas impresas de las dos últimas décadas del siglo XIX, en hojas sueltas de imprentas como la de Antonio Vanegas Arroyo y con títulos como "El Guanajuateño", "El Costeño" y "El Valiente de Guadalajara". Hay que notar —y enfáticamente— que las décimas de bravatas de fines del siglo XIX tienen un carácter decididamente cómico. Abundan en ellas los dicharachos festivos y las frases proverbiales. Una décima de "El Guanajuateño" sirve de ejemplo para todo el género:

No se arruguen, valentones,
traigan dispuestos sus fierros
que aquí está "El Guanajuateño"
para darles sus lecciones.
Acérquense los matones
que yo no les tengo miedo,
firme y parado me quedo
esperando cuchilladas;
me parecen enchiladas
que me trago las que puedo⁸.

Se necesita mucha ingenuidad para creer que tenemos aquí un fiel retrato del matón mexicano. El que se convence de que para él la vida no vale nada, no pierde el tiempo en giros verbales o frases llenas de colorido. Las bravatas artísticas se conocen entre pelados, pero casi siempre las cultiva el bufón del grupo, por lo general el más borracho y menos valiente de todos, cuya falta de valor y hombría le da cierta licencia juglaresca. Es este tipo, y no el valiente o el bravucón, el que se pinta en las "décimas de valientes". Insistimos también: el valentón protagonista de estas décimas dícese ser "muy hombre", "valiente" y "bravo"; a veces se compara con el tigre y la pantera, o dice que es "la fiera en zancos". Pero nunca se da el título de "macho".

La bravata mexicana se vuelve seria después que empieza la Revolución, y entonces pasa de la décima al corrido. El sentimiento de hombría ya existe en el corrido mexicano antes de la Revolución, como lo muestra Mendoza en el estudio referido, por ejemplo en el corrido de "Demetrio Jáuregui":

Le contestó Don Demetrio: —Yo no me vine a rajar,
yo vine como los hombres aquí a perder o ganar⁹.

Pero ahora llega al corrido la bravata del tipo que anteriormente vimos en la décima, ya no en broma sino con toda la seriedad de los ánimos acalorados por la Revolución. Por ejemplo, en el corrido "De la

⁶ *Ibid.*, pp. 75–76.

⁷ Hay que incluir las colecciones de décimas en la cuenta, además de las de corridos, canciones y cantares.

⁸ Vicente T. Mendoza, *La décima en México*, Buenos Aires: Instituto Nacional de la Tradición, Buenos Aires, 1947, p. 611.

⁹ Mendoza, "El machismo en México", p. 9.

persecución de Villa”, el corridista se burla de los esfuerzos hechos por las tropas de Pershing por aprehender a Pancho Villa:

Qué pensarán los “bolillos” tan patones
que con cañones nos iban a asustar;
si ellos tienen aviones de a montones
aquí tenemos lo mero principal¹⁰.

Lo “mero principal”, naturalmente, es el valor —concretado en los testículos de los mexicanos—, lo que les dará ventaja a pesar de todos los cañones y aviones que tenga Estados Unidos. Aquí nos acercamos mucho más a lo que se entiende por machismo. Otro corrido de la misma época presenta las mismas actitudes aún más explícitamente, siendo éste el “De los ambiciosos patones”:

Se va a mirar muy bonito de gringos el tenderete,
después no quedarán ‘la gorda’; les sudará hasta el copete
La verdad, yo les suplico que traigan a sus gringuitas,
porque estamos enfadados de querer a las inditas,
sé que las tienen bonitas, gordas y bien coloradas,
ahora es tiempo, camaradas, de pelear con muchas ganas,
que les vamos a “avanzar” hasta las americanas¹¹.

Esta última canción tiene melodía de corrido, pero estróficamente es una serie de décimas. Además la influencia de la décima de bravucones se deja ver en el número de frases proverbiales que contiene, como “nos quieren asustar con el petate del muerto”, “van a estacar la zalea” y “metan despacio la mano porque se llenan de espinas”. Debemos notar que es en los corridos acerca de la intervención de Estados Unidos en los asuntos de México en donde ocurren estos ejemplos de lo que se podría llamar “la bravata tomada en serio”. Sin embargo, en estos corridos tampoco ocurre la palabra “macho”. No es sino en la década de 1940, ya en tiempos de la Segunda Guerra Mundial, cuando empezamos a encontrarla. Mendoza publica un corrido titulado “De pistoleros y moronistas”, coleccionado en 1949 pero datando del período entre 1940 y 1946, es decir el período administrativo del Presidente Manuel Avila Camacho. La última estrofa dice así:

¡Viva el pueblo siempre macho! Agustín el general!
y ¡Viva Ávila Camacho y la vida sindical!¹²

En otro corrido que fue muy popular en los años 40s, el protagonista se jacta de lo valientes que son los mexicanos, de cómo van a hacer estragos en contra

del Eje tan pronto como México decida tomar parte en la guerra, añadiendo que su presidente es “Ca... macho”. En otro corrido de la misma época se lanzan amenazas en contra de las naciones del Eje, diciendo el protagonista:

Yo soy puro mexicano
y me he echado el compromiso con la tierra en que nací
de ser macho entre los machos,
y por eso muy ufano yo le canto a mi país.

En estos corridos de los 1940, en donde sí encontramos al macho, casi siempre lo vemos en asociación con varios otros factores bien definidos. Uno de ellos es la torva figura del pistolero, uno de los más tristes productos del período posrevolucionario. Este es el hombre de la revolución proyectado a los tiempos de paz, y por ende falsificado: el matasiete empistolado que satisface sus impulsos brutales atropellando a los simples ciudadanos y que lo puede hacer impunemente porque tiene dinero, o influencia política, o simplemente por ser guardaespaldas de algún diputado o gobernador. Otro factor es la Segunda Guerra Mundial, en la que el mexicano casi ni tomó parte, en la que ni él personalmente ni los suyos se encontraron amenazados por el peligro, la desolación, la muerte —como sí lo estuvieron durante la Revolución. De allí viene la falsedad de las bravatas en los corridos de los 1940 comparadas con las de los corridos de la Revolución. Las bravatas revolucionarias dirigidas a Estados Unidos salían de una situación tanto real como peligrosa, y expresaban los sentimientos de la mayoría de los mexicanos. Las bravatas dirigidas al Eje durante los 1940 semejan las de un homúnculo que grita desafíos mientras se esconde detrás de algún protector mucho más grande que él. Y hay que recordar que en el caso de México dicho “protector” era el enemigo tradicional, Estados Unidos. Un tercer factor es el accidente de que en este período el apellido del presidente de México haya contenido el sonido “macho”. No sugiero que la palabra “macho” no se usaba en México antes de los 1940, ni tampoco que el “machismo” no hubiera existido en México si Ávila Camacho no hubiera sido presidente. Pero hay que recordar que los hombres les dan realidad a las cosas. El nombre de Camacho, por hacer rima con “macho” y por asumir prominencia cuando otros factores favorecían al machismo, les dio tanto al vocablo como al concepto una popularidad que antes no tenían. Anteriormente “macho” había sido una grosería y por consiguiente vocablo menos usado que “hombre” o “valiente”; ahora se hizo correcto, aceptable. ¿Pues no estaba en el nombre del mismo Presidente?

Y aparecen los corridos por los cuales es conocido México en el exterior, los mismos que han citado

¹⁰ Mendoza, *Lírica narrativa*, p. 95.

¹¹ *Ibid.*, p. 82.

¹² *Ibid.*, p. 146.

repetidas veces los que deploran el machismo. Las siguientes estrofas ejemplifican el estilo:

¡Traigo mi cuarenta y cinco
con sus cuatro cargadores!
¡Y traigo cincuenta balas,
las traigo pa' los traidores!

Y otro más tonto todavía:

¡Caramba, yo soy su rey
y mi caballo el segundo!
¡Ora se hacen a mi ley
o los aparto del mundo!

Corridos que difundieron en México y el extranjero las voces de cantantes populares como Pedro Infante y Jorge Negrete. Es decir, corridos de charro cinematográfico. Y diciendo "cine" decimos "clase media". Tales corridos han sido los cantos del hombre de una clase media emergente, hombre que frecuenta el cine y que tiene bastante dinero para comprarse automóvil, bastante influencia política para andar empistolado. Durante la Segunda Guerra Mundial era la clase media la que se emocionaba al oír a Pedro Infante cantar:

¡Viva México! ¡Viva América!
¡Oh pueblos benditos de Dios!

El sentir del hombre del pueblo lo revela una anécdota muy bien conocida. Llega a un pueblecito mexicano la noticia de que México acaba de declarar la guerra al Eje. Las autoridades dirigen al pueblo en la ejecución de varios ¡vivas! a México. En una pausa se oye la voz de un peladito que grita, "¡Viva México y mueran los gringos!"

"¡Cállate, bruto!" le dicen. "Si los gringos son nuestros aliados". "¿Pero cómo?" dice. "Si no con los gringos, ¿entonces con quién peleamos?"

Según parece, no es el machismo mexicano como nos lo han pintado los de las indias violadas. No aparece en el folklore de México hasta tiempos muy recientes. En forma más o menos cómica fue propio del pelado en tiempos porfirianos; en estilo más sentimental y meretricio tiene afinidad hoy día con la clase media. Notamos, además, cierta influencia de Estados Unidos. Todo esto nos hace preguntar ¿Cuánto tiene el machismo de mexicano y hasta qué punto es manifestación hispánica, americana o universal?

Bien sabemos que el valor y la virilidad siempre se han identificado en la mente del hombre, y que tanto el primitivo como el hombre moderno han igualado al cobarde con el amujerado. Entre algunos grupos ha sido usual vestir de mujer al hombre que

no mostró valor suficiente en el combate. No faltan ejemplos en que se hace identificación específica entre el valor y lo varonil. En un canto esquimal que publica C. M. Bowra, un viejo recuerda su juventud cuando fue gran cazador. Y canta así:

Recuerdo al oso blanco,
con el espinazo en alto;
creyó ser el único macho que había por aquí,
y se abalanzó en contra de mí.
Una y otra vez me tiró contra el suelo,
pero no me cubrió con su cuerpo;
pronto se retiró de mí
y a orillas de un témpano
se quedó tirado;
no creyó encontrar otros machos por aquí¹³

Tomemos un segundo ejemplo de los pueblos nórdicos, de tiempos pasados pero no muy remotos, procedente de la *Volsunga Saga*. Dos héroes, Sinfjotli y Grammar, se preparan para entablar un duelo a muerte; y como preámbulo dice lo siguiente Sinfjotli a su contrario:

Ya no recordarás ahora, que un tiempo fuiste bruja y deseabas que un hombre viniera a ti; y como me escogiste a mí para ese oficio de todos los hombres de la tierra; y que después fuiste Valquiria en Asgarth, y que casi llegó a esto, que todos los hombres se pelearan por ti; y nueve cachorros engendré en tu cuerpo y fui padre de todos ellos¹⁴.

Si no supiéramos la procedencia del pasaje, diríamos que hablaba un peladito mexicano echándole un albur a otro valiente de su tipo. Adelantémonos al siglo XVIII, al clásico poeta inglés John Dryden y su famosa oda a Alejandro Magno, en que se repite en forma de letrilla un verso que se ha hecho proverbial, "Nadie más que los valientes merecen a las bellas"¹⁵. Es decir, el macho más valiente y vigoroso gana a la hembra codiciable: una especie de poetización de la selección natural de la especie antes que naciera Darwin. Pero también es el tema de muchos *Märchen* y de incontables tramas en nuestra literatura popular, el cine y la televisión.

Los ingredientes del machismo se encuentran en muchas culturas. Sin embargo, lo que se ha observado en México es todo un patrón de conducta, una filosofía popular se podría decir. ¿Será México único en este respecto? Martínez Estrada hubiera dicho que no, pues pretende encontrar la misma cosa en

¹³ C. M. Bowra. *Primitive Song*, The New American Library, New York, 1962, "Mentor Books MT 499", p. 122.

¹⁴ William Morris, tr., *Volsunga Saga: The Story of the Volsungs and Niblungs*; with a new introduction by Robert W. Gutman Crowell—Collier Publishing Co., New York, 1962. "Collier Books BS66", p. 113.

¹⁵ "None but the brave,
None but the brave deserve the fair."

el gaucho argentino. Pero miremos en dirección opuesta y encontraremos un país —Estados Unidos— donde ocurrió algo muy parecido al machismo mexicano, ejerciendo hondas influencias en el folklore, la literatura y hasta la política.

El macho norteamericano se deja ver inicialmente en las décadas de 1820 y 1830. Es éste para Estados Unidos un tiempo de revolución, la edad de Andrew Jackson. Anteriormente el país había sido dominado por los aristócratas del litoral del Atlántico, los grandes terratenientes de Virginia y los comerciantes ricos de Nueva Inglaterra. Se habla, se vestía y se vivía a la inglesa; los poetas y cuentistas eran mediocres imitadores de los europeos. Con la venida de Jackson al poder cambian las cosas de un modo radical; el país entra francamente en su época nacionalista. El hombre de los bosques —el fronterizo vestido de pieles— se convierte en fuerza política, y los aristócratas del litoral ven con horror la vulgaridad de los nuevos gobernantes. En las letras tenemos los albores de una literatura verdaderamente norteamericana, que corre desde los humoristas de los 1820 al novelista Mark Twain, y de allí a los escritores modernos norteamericanos¹⁶. En el folklore el movimiento nacionalista norteamericano se expresa en la tradición del hombre del interior, vestido de pieles y armado con su cuchillo y su rifle largo. Esta figura —a la vez héroe y bufón— se expresa folklóricamente en la mentira exagerada, en el cuento humorístico en que el hombre del interior se burla del extranjero o del señorito inglesado del litoral, y en la bravata. Sobre todo en la bravata. El bravucón norteamericano hace alarde de su vulgaridad —el punto que le tacharían el europeo y el hombre del litoral; se cree el hombre más feroz y más valiente del mundo; puede vencer más hombres, amar más mujeres, y beber más whisky que ningún otro ser humano—. Se compara con el tigre, con el lagarto y con el huracán. Reta a todo el mundo, dando alaridos desaforados, salta y se pavonea. En suma, es el retrato del peladito mexicano haciéndola de valiente de Guadalajara o pantera de Guanajuato.

No será necesario hacer hincapié en que el macho norteamericano expresaba un sentido de inferioridad respecto a Europa. El norteamericano buscaba independizarse en su propio país y forjar su propia cultura; para alcanzar su meta hacía alarde hasta de sus flaquezas. Por otra parte, no podía ignorar por completo la superioridad tecnológica de Europa y de su propio litoral. Se podría reír de la literatura inglesa, de la música italiana y del baile francés;

pero sabía que la marina inglesa dominaba los mares, y que su rifle lo habían fabricado los técnicos del litoral. Esa tecnología le permitió conquistar al Oeste, aunque siempre trató de negarlo, dándole el crédito a su propia hombría. Interviene la Guerra Civil (1861—1865) y a su término empieza Estados Unidos la marcha hacia el poderío industrial y militar. En el nivel nacional, la anglofobia cede ante el anglosajonismo, la glorificación de un supuesto tipo anglosajón¹⁷. En este período —de 1870 a 1914— el machismo norteamericano sufre cambios interesantes. El macho se civiliza, por lo menos una parte de él. En el folklore sigue el tipo del hombre de los bosques como personaje cómico. Se siguen contando las mentiras exageradas y los chistes en que el fronterizo aparece como patán. Es decir, como tipo histórico el macho persiste en su papel de bufón. Pero el papel de héroe toma nuevos tipos (o estereotipos). En el cine y la literatura de folleto el macho se convierte en el *cowboy*. En la literatura sería reaparece como protagonista en las novelas de Frank Norris, Jack London y otros escritores de la escuela naturalista¹⁸.

Al pasar del folklore a la novela naturalista, el macho norteamericano pierde no solamente su carácter cómico sino también su sexualidad; es decir, se convierte en *macho puritano*, ajustándose a la tradición novelística de la época. Es todo músculo y virilidad, pero descarga su vigor en orgías de violencia contra sus enemigos. La hembra todavía es el premio de sus hazañas pero todo lo que hace él es pavonearse ante ella —en serio ahora y no en broma como lo hacía el hombre de los bosques—. Cuando no anda cometiendo barbaridades en contra de otros hombres, es un modelo de sobriedad, de amor filial y de cortesía. En suma, tiene un sorprendente parecido al charro de las películas mexicanas de recientes años, que después de matar media docena de hombres entra todo empistolado a la iglesia a cantarle una piadosa canción a la Virgen de Guadalupe.

Además de su carácter asexual, el macho de la novela naturalista difiere del macho fronterizo en otro respecto: el nacionalismo de antes se convierte en racismo. El protagonista siempre es anglosajón, por supuesto, y los tipos cobardes y malos son hombres más morenos que él: italianos, portugueses, españoles, mexicanos o indios. La trama nos muestra que el macho rubio es más macho que los morenos y por ende el escogido por la naturaleza según

¹⁷ Localmente, especialmente en el centro del país en donde hay muchos habitantes de ascendencia alemana y escandinava, persiste la anglofobia hasta nuestros días.

¹⁸ Véase la obra de Maxwell Geismar, *Revels and Ancestors: The American Novel 1890—1915*, Hill and Wang, New York 1963, acerca del machismo en estos autores.

¹⁶ Hay que tomar en cuenta que hay otra tradición, europeísta, la de Henry James.

la ley de la selva y la lucha por la existencia. Esto es nada menos que la figura del hombre superior como "la bestia rubia", unos cuarenta años antes de Hitler. Además, sólo el anglosajón rubio es superior, el alemán, el escandinavo y el irlandés aparecen en papel de cómicos o de tontos bien intencionados. Esto es, por una parte, resultado de las teorías de Darwin; por otra parte, del impulso norteamericano durante esta época hacia el imperio y el poderío mundial. Tiene sus paralelos en la política, y es allí en donde podemos encontrar una figura histórica, un solo hombre que simbolice esta segunda etapa del machismo norteamericano. Este es Teodoro Roosevelt —político, *cowboy*, coronel de caballería, subsecretario de la marina, presidente de la república, y devoto por excelencia del machismo novelístico—. No sólo en la política sino en su vida personal, Roosevelt dedicó sus energías en presentar al público la figura del macho, con todos sus lados fuertes y flacos. Débil de niño, miope al grado de estar casi ciego, Roosevelt se preocupó en mostrar al mundo entero que a pesar de sus deficiencias físicas era tan hombre como cualquiera. Y fue esta preocupación la que lo llevó a intentar las más peligrosas faenas del cazador, del *cowboy* y del soldado.

Después de la Primera Guerra Mundial se inicia en Estados Unidos un movimiento decidido del machismo al feminismo, pero no se deja ver inmediatamente en la literatura. Al contrario, es en esta época en que aparece en la literatura norteamericana una figura análoga a la de Roosevelt, siendo éste el novelista Ernest Hemingway —el más consagrado de los intérpretes del macho—. La popularidad de las obras de Hemingway en la época entre las dos guerras mundiales —tanto entre los críticos como en el público en general— nos muestra el atractivo que aún tenía el macho para el norteamericano, aunque en la vida real el hombre de Estados Unidos tendía a hacer menos y menos alarde de su masculinidad. Esto último lo comprendía el mismo Hemingway, y casi todas sus novelas y cuentos desarrollan el tema del machismo en España, en México, o en Cuba. Actualmente Hemingway se encuentra despreciado por los críticos; y no es nada raro, pues el protagonista de las novelas aclamadas por los críticos ya no es el macho sino el homosexual —el otro extremo, o quizás la misma cosa vista desde otro aspecto—. Sin embargo, aunque Hemingway no ha perdido la buena acogida del público en general, sus obras ya no son tan populares como las novelas del tipo iniciado por Mickey Spillane. Estas son una exageración del tema hemingwayesco: sus machos son feroces, sexuales y brutalmente sadistas con las hembras. No se contentan con la simple paliza, como el hombre primitivo. Las acribillan a balazos, siendo su blanco favorito el vientre de la mujer. En el folklore norteamericano

no también, el machismo no es cosa completamente del pasado. La bravata y la mentira exagerada todavía se cultivan entre grupos *folk* blancos. Mientras tanto, en las ciudades el negro norteamericano ha desarrollado un folklore netamente machista, cuyos héroes son hombres malos de insaciables apetitos sexuales. Sus hazañas se narran en poesías folklóricas y cuentos de una obscenidad exagerada. En la poesía abundan las bravatas como ésta, tomada del libro de Roger Abrahams acerca del negro de Philadelphia.

Vivo en la Avenida Escopeta, Calzada de la Ametralladora, Apartamiento Pistola, Número Cuarenta y Cinco¹⁹.

Esto nos hace recordar lo que dice Santiago Ramírez acerca del mexicano y su afición a la pistola, al sombrero grande y al automóvil, sobre todo a la pistola, símbolo por excelencia del machismo. Símbolo sexual nos dirían los discípulos de Freud, y en efecto "pistola" es uno de los muchos términos que usa el mexicano para el miembro viril. Pero la pistola tiene otro significado, un significado histórico en el que entra en juego el choque de culturas en el Lejano Oeste, especialmente en la región de las Grandes Llanuras. Los españoles habían llegado a las márgenes de las Grandes Llanuras siglos antes de que aparecieran los norteamericanos, pero nunca las ocuparon. Uno de los obstáculos que encontraron fueron los indios montados, como los comanches, que dieron muchos trabajos a los presidios españoles que cercaban dicha extensión. Después llegan los norteamericanos, y en menos de cincuenta años dominan completamente a los indios, ocupan las Grandes Llanuras y civilizan toda la región. ¿A qué se debió la habilidad del norteamericano para hacer en medio siglo lo que el español ni siquiera empezó en tres? En una obra sobre el asunto, titulada precisamente *The Great Plains* (Las Grandes Llanuras), el conocido historiador texano Walter Prescott Webb lo ha explicado muy simplemente: los norteamericanos eran racialmente superiores a los españoles. Los españoles, siendo europeos, pudieron conquistar a razas inferiores como los indios mexicanos, en cuyas venas —nos dice Webb— corría agua estancada en vez de sangre. Pero el comanche fue demasiado feroz para que lo venciera el español o el mexicano. Sólo el anglosajón pudo ser más hombre que el comanche, mostrándose así superior también a otros europeos como el alemán, el escandinavo, el italiano, etc., pues nos dice Webb, los hombres que conquis-

¹⁹ Roger D. Abrahams, *Deep Down in the Jungle: Negro Narrative Folklore from the Streets of Philadelphia*, Folklore Associates, Hatboro, Pa. 1964, p. 147.

taron las Grandes Llanuras todos tenían nombres ingleses o escoceses²⁰.

No existen mejores ejemplos de la influencia del machismo en el mundo académico que los libros de Walter Prescott Webb, en los que encontramos una admiración casi infantil para el hombre empistolado, vestido de botas y sombrero grande. Esta explicación por un destacado historiador de la conquista de las Grandes Llanuras en términos de hombría —y de hombría anglosajona exclusivamente— ignora hechos bien conocidos: que toda clase de hombres participaron en la conquista del Gran Oeste, incluso hombres de raza negra; y que la tecnología del Este de Estados Unidos fue factor decisivo en la superioridad que obtuvo el norteamericano del Oeste sobre el indio y el mexicano²¹. Lo sorprendente del caso es que estos hechos los conocía bien el mismo Webb, pues los discute con erudición y buen tino en otros capítulos de *The Great Plains*²². Parece haber sido necesario que Webb, el hombre del Oeste, exteriorizara sus sentimientos particularistas, haciendo alarde de la hombría de su región y de su independencia con respecto al Este. Después Webb el historiador nos da un estudio cuidadoso acerca del papel desempeñado por la tecnología del Este en la dominación de las Grandes Llanuras: la importancia del rifle, el alambre de púas, los molinos de viento, el revólver, las máquinas para la agricultura en grande. Lo que nos dice acerca del revólver tiene interés especial.

El rifle fue la mejor arma del norteamericano mientras conquistaba los bosques al este del Río Mississippi, en donde se peleaba a pie entre las malezas. Pero cuando salió el norteamericano a las llanuras se encontró a gran desventaja. Su rifle, que había de cargar por la boca con baqueta, era arma ineffectiva en contra del indio y del mexicano, ambos hombres de a caballo. Una vez disparado el rifle, el norteamericano no tenía con qué defenderse más que el cuchillo, en cuya arma reconocía al mexicano como adversario peligroso²³. El indio era más formidable aún, pues podía descargar veinte flechas en el tiempo necesario para cargar un rifle²⁴. Aún más, tanto el mexicano como el indio usaban la lanza también. Confrontados con este problema los norteamericanos del Oeste consideraron seria-

mente dos soluciones que no tenían nada de lo heroico. Una fue la de construir una serie de fuertes a orillas de las Grandes Llanuras para contener a los indios —es decir, lo que habían hecho los españoles—. La otra era la implantación de colonos franceses en los mismos lugares para que sirvieran de valla entre los indios y los norteamericanos²⁵. Pero no fue necesario llevar a cabo estos proyectos, y la razón fue la tecnología del Este. En Nueva Jersey un artesano de Connecticut, Samuel Colt, empezó a producir en 1838 los primeros revólveres. El ejército norteamericano mostró poco interés en ellos, pero los texanos y otros hombres del Oeste los recibieron con entusiasmo²⁶. En 1844 el revólver se puso a prueba por primera vez en un combate entre texanos y comanches; cada texano iba armado con dos revólveres y un rifle. Los indios huyeron despavoridos; el revólver había cambiado el equilibrio de fuerzas en las Grandes Llanuras a favor del hombre de las dos pistolas²⁷. Un cuarto de siglo después, el rifle Winchester reemplazó al revólver como el arma preferida en el Gran Oeste, pero el revólver —como resultado de su impacto inicial— quedó siendo el arma simbólica tanto en el folklore como en la literatura popular, y después en el cine y la televisión.

Pues el revólver no solamente cambió el carácter del conflicto con el indio nómada sino que también revolucionó el concepto norteamericano de la hombría. Recordemos que antes de la llegada del norteamericano al Gran Oeste el mexicano se había enfrentado con el indio, armado solamente con la lanza y el cuchillo, como lo hizo el gaucho argentino en contra del indio de las pampas. El norteamericano, nos dice Webb, reconoció al mexicano como "artista con el cuchillo"²⁸. Pero Webb lo dice no con admiración sino en tono despectivo, pues es parte de la tradición machista de Estados Unidos despreciar al hombre de cuchillo, a quien siempre se le da el papel de cobarde y traicionero²⁹. No siempre fue así, pues hubo un tiempo cuando el norteamericano se jactaba de su buen ejercicio en el cuchillo y lo tenía en tan alta consideración que le daba nombres personales a sus facones favoritos

²⁵ *Ibid.*, pp. 180–184.

²⁶ *Ibid.*, pp. 167–179.

²⁷ *Ibid.*, pp. 173–175.

²⁸ *Ibid.*, p. 168.

²⁹ Notemos, por ejemplo, este pasaje de un libro supuestamente histórico. El famoso bandido Billy the Kid acaba de capturar a varios mexicanos y les quita sus armas: El Kid examinó los cuchillos que estaban sobre el suelo cerca del fuego. Eran de finísimo acero y muy bien acabados. Sintió admiración por los cuchillos y tuvo el impulso de quedarse con ellos, pero dio otra orden, "Echenlos al fuego. Nada más los traicioneros cargan cuchillos". William Lee Hamlin, *The True Story of Billy the Kid*, The Caston Printers, Caldwell, 1959, pp. 209–210.

²⁰ Walter Prescott Webb, *The Great Plains*, Ginn and Company, Boston: 1931, pp. 114–138, 509.

²¹ Véase la página vi del prefacio de *The Great Plains*, en donde el autor considera la conquista de las Grandes Llanuras como "una nueva fase de la civilización aria".

²² Especialmente los capítulos V, VII y VIII.

²³ Webb, *The Great Plains*, p. 168.

²⁴ *Ibid.*, p. 169.

como lo hicieron los caballeros medievales con sus espadas. Esto fue, naturalmente, antes del revólver, en tiempos del hombre de los bosques cuya síntesis es Davy Crockett, muerto en la defensa del Alamo en contra de las tropas de Santa Anna. Otro de los defensores del Alamo fue James Bowie, cuyo apellido se convirtió en sinónimo de cuchillo por haber sido Bowie un virtuoso en lo que llama Martínez Estrada "el arte del degüello"³⁰. Recordando el mal significado que se le dio después al cuchillo en el folklore de Estados Unidos, es verdaderamente irónico que la leyenda nos pinte a Bowie en el Álamo, cuchillo en mano, haciendo frente a los fusiles mexicanos. Y en verdad, si nos imaginamos la confrontación de dos hombres —uno armado con rifle o revólver y el otro con un cuchillo— ¿cuál de los dos diríamos que arriesga más? Dejemos que el Caballero de la Triste Figura nos dé la contestación, en la célebre disquisición sobre las armas y las letras que hace Don Quijote en los capítulos que tratan del Cautivo de Argel.

Bien hayan aquellos benditos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería, a cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invención, con la cual dió causa que un infame y cobarde brazo quite la vida a un valeroso caballero, y que, sin saber cómo o por dónde, en la mitad del coraje y brío que enciende y anima a los valientes pechos, llega una desmandada bala (disparada de quien quizá luyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina), y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecía gozar luengos siglos³¹.

Cervantes expresa sin duda sus propios sentimientos, ya que había quedado manco a causa de una de esas "malditas máquinas". Pero también expresaba los de la mayoría de los guerreros de su tiempo. Este es igualmente el punto de vista en *Martín Fierro*, en donde se nos presenta el gaucho valeroso empuñando la "que no yerra fuego" y haciéndole frente a cobardes e infames brazos armados con revólveres y fusiles³². Pero si somos nosotros los del revólver, no podemos aceptar tal evaluación. Hay que cambiar la cosa, y así sucedió en la tradición norteamericana. El cuchillo se convirtió en el arma del traicionero, del cobarde; la pistola se hizo el arma del macho, del valiente. ¿Una paradoja? En verdad lo es, pero está de acuerdo con la tendencia de cambiar una

realidad desagradable invirtiéndola, la misma que está a la base del machismo.

Como es de creerse, el mexicano no aceptó inmediatamente este parecer del norteamericano. En mucho del folklore mexicano el arma blanca sigue siendo digna de los hechos admirables, y es vista además como arma muy mexicana. En un corrido del interior de México de los 1930, "Plática entre dos rancheros", se nos cuenta de un bracero que regresa de Estados Unidos todo agringado y diciendo cosas insultantes acerca de México. Entonces su compadre, que se había quedado en el rancho, saca su tremendo cuchillo para castigarlo. Al ver el cuchillo, el bracero agringado se hinca y pide perdón por haberle faltado a la patria³³. Pero para entonces el mexicano ya se había hecho al revólver. El norteño, el mexicano de la frontera, pronto conoció su valor, pues lo había experimentado como quien dice en carne propia. Es por el corrido fronterizo —en el folklore norteño— donde entra el revólver al folklore mexicano, siendo aquí en donde el héroe mexicano primero abandona el cuchillo por el revólver. Esto corresponde con los hechos de la vida real, pues ya para fines de los 1850 el mexicano de la frontera era hombre de pistola en mano. Cuando Juan Nepomuceno Cortina se levantó en armas en 1859 en contra de la autoridad norteamericana en Texas, fue después de haberse balaceado con un *sheriff* norteamericano que había golpeado a uno de los peones de su madre. De Cortina en adelante, los protagonistas del corrido fronterizo son hombres "con su pistola en la mano". Es decir, son "al estilo americano", como lo dice un corrido de Sonora, el "De Cananea":

Me agarraron los cherifes
al estilo americano—
como al hombre de delito—
todos con pistola en mano.

"Con la pistola en la mano" o "con su pistola en la mano" se hace frase convencional en el corrido de las fronteras entre México y Estados Unidos, distinguiéndolo del corrido del interior, en el que rara vez ocurre esta fórmula antes de los 1930. El hombre de pistola en mano en los corridos fronterizos pocas veces es el bravucón. Persigue otros fines, como lo hizo Cortina, de defenderse en contra de los abusos de una autoridad opresiva.

En un corrido de Coahuila, ya en los 1930, un joven llamado Arnulfo se mata con un policía rural después que éste le da una bofetada, simplemente porque Arnulfo no bajó la vista cuando el policía lo miró.

³⁰ Martínez Estrada, *Radiografía de la pampa*, 1, 64.

³¹ Capítulo XXXVIII, "Que trata del curioso discurso que hizo Don Quijote de las armas y las letras". Angel Valbuena Prat ed., *Obras Completas de Cervantes*. Ed. Aguilar, Madrid, 1956, p. 1206.

³² José Hernández, *Martín Fierro*, Espasa—Calpe, Buenos Aires, 1938. "Colección Austral Núm. 8", pp. 51, 54, 89.

³³ Paul S. Taylor "Songs of the Mexican Migration," *Puro Mexicano*, Texas Folklore Society, Austin, 1935. Publications of the Texas Folklore Society, Núm. 12, pp. 241-245.

Ya muertos los dos, nos dice el corridista en un arranque de entusiasmo.

¡Qué bonitos son los hombres
que se matan pecho a pecho,
cada uno con su pistola,
defendiendo su derecho!

Todavía hay algo aquí de los corridos cuyo tema es el choque de culturas, pero suena también a machismo —presentado en una situación parecida a las de las cintas del *Wild West*—. Y con sobrada razón, pues existe un parentesco muy estrecho entre Hollywood y el macho empistolado, el pistolero. Volvamos al macho norteamericano con su pistola en la mano y lo encontraremos convertido en el *cowboy*. Por qué fue el *cowboy* el tipo escogido para sintetizar al macho es cuestión aparte, pero veamos a estas dos figuras —el macho y el *cowboy*— en relación con el “gran macho” norteamericano, Teodoro Roosevelt. La admiración de Roosevelt por los *cowboys* fue excesiva, casi infantil. Vivió con ellos, desempeñando las faenas del *cowboy* para probar su hombría. Después, durante la guerra de Cuba, formó un regimiento de *cowboys*, poniendo en práctica su convicción de que el *cowboy* era el mejor soldado por ser compendio de todas las severas virtudes del varón. Nada nos expresa más enfáticamente —nos dice Mody C. Boatright en un estudio titulado “Teodoro Roosevelt, el darwinismo social y el *cowboy*”— el deleite que encontraba Roosevelt en la vida del *cowboy* como los trajes adornados y costosos que acostumbraba. Boatright cita una carta escrita por Roosevelt a su hermana:

Porto el sombrero del *cowboy*, pañuelo de seda al cuello, camisa de gamuza con fleco, chaparreras de piel de foca o pantalón de montar, botas de cuero de lagarto; y con mi pistola enchachada de nácar y mi rifle Winchester, elegantemente pulido, puedo hacerle frente a todo lo que venga³⁴.

El *cowboy* fue tomado casi totalmente de la tradición mexicana, pero el norteamericano hizo aportaciones importantes, entre ellas la pistola, el sombrero stetson —adaptación del mexicano— y ya en nuestros días la sustitución del caballo criollo por el Cadillac del rancharo vuelto millonario. La pistola sobre todo —primero el revólver y después la “escuadra”: la cuarenta y cinco con sus cuatro cargadores—. Símbolo fálico quizás, pero en sentido mucho más concreto símbolo del poder —y también de atropello—. Símbolo de la hombría del matasiete, del macho de cine que balacea a su contrincante en

medio de la calle y se lleva a la muchacha sobre su fiel caballo, perdiéndose en la hoguera del ocaso. O en su *Cadillac* rumbo a Houston, o Austin, o Washington. Sobre todo la pistola, símbolo del bravucón abusivo. Bien lo supo el mexicano desde que llegaron las primeras Colts a la frontera. Vejado, desposeído por el hombre del revólver, el mexicano no tardó en desear también ser hombre con pistola en mano. Y así es que el mexicano le vuelve a quitar al norteamericano algo que le prestó, la figura del vaquero, pero recibe su préstamo con creces, pues ya vuelve el vaquero hecho *cowboy* —pistolero y el más macho de los machos.

Sería demasiado declarar que el macho mexicano no es más que el reflejo del *cowboy* norteamericano, (aunque no es mucho menos extravagante decir que sus orígenes están en los complejos edipales causados por la Conquista). Pero cualquier evaluación del machismo en México no podrá ser completa sin tomarse en cuenta estas consideraciones: las actitudes fundamentales en que se basa el machismo y que tanta congoja han causado a los que quieren sicolanalizar al mexicano, son casi universales. Lo que podría distinguir al machismo en México no es la presencia de estas actitudes sino su indudable exageración; pero tampoco es esto peculiar del mexicano, pues algo muy parecido ocurrió en un país moderno y vecino Estados Unidos. No hay evidencia de que el machismo —en la forma exagerada en que ha sido estudiado y condenado— haya existido en México antes de la Revolución. La evidencia existente nos hace creer que es fenómeno de 1930 a estas fechas, es decir de la época después de la Revolución. Existe un paralelo intrigante entre el machismo norteamericano y el mexicano. En Estados Unidos se empieza a exagerar el sentido de hombría durante los 1820 y 1830, y ocurre esto como resultado del creciente sentido nacionalista de los norteamericanos durante estos años, que tuvo entre sus resultados la mayor participación del hombre común y corriente en los procesos democráticos del país y un marcado sentido de hostilidad e inferioridad hacia Europa, sobre todo hacia Inglaterra. Durante este período el sentimiento de hombría norteamericano es por la mayor parte incoherente y se expresa por lo general en formas folklóricas, especialmente en la bravata y la mentira exagerada. No es tampoco dicha hombría una cosa completamente fuera de la realidad, pues se desarrolla en una época en que el hombre norteamericano se vuelve explorador y conquistador, extendiendo las fronteras de su país más y más hacia el oeste.

Epoca análoga en México es el período de la Revolución y los años que inmediatamente la preceden. Las fronteras que extiende el mexicano durante esta época no son geográficas sino del espíritu. Sin em-

³⁴ Mody C. Boatright, “Theodore Roosevelt, Social Darwinism and the Cowboy”, *The Texas Quarterly*, University of Texas Press, Austin, 1964, p. 17.

bargo, las actitudes son mas o menos las mismas: un creciente sentido de nacionalidad acompañado de sentimientos de recelo e inferioridad hacia el extranjero, sobre todo hacia Estados Unidos; y un movimiento hacia la democracia y la igualdad. Como ocurrió en Estados Unidos durante los 1820 y 1830, dichos sentimientos en el mexicano fueron por la mayor parte inconscientes y se expresaron en formas folklóricas —en la bravata artística durante los últimos años de la época porfiriana y en el corrido durante la Revolución—. Tampoco se podría decir que los sentimientos de hombría del mexicano en tiempos de la Revolución carecieran de base, cuando la lucha y la muerte eran pan de cada día.

El machismo norteamericano se vuelve falso y grotesco cuando termina la frontera, cuando desaparece el *Wild West* y los hombres ya no viven en un ambiente de lucha y peligro continuos. Entonces entra en escena el *cowboy* fabricado por los escritores populares, el macho del tipo de Teodoro Roosevelt, con su traje *cowboyesco* elegante, su revólver cache de nácar, y sus enormes lentes de estudio miope. Tras de él no tarda en llegar el *cowboy* de las ciudades, el "Texano Profesional" con su *stetson* blanco, sus botas bordadas y su *Cadillac*. El sentido de hombría abandona las formas folklóricas para encontrar cabida en el cine y la literatura popular, en donde figura la mujer despreciada y maltratada por el hombre, a veces martirizada físicamente por el macho en formas de indudable simbolismo sexual. El machismo norteamericano en su forma tardía y exagerada va más lejos aún que el mexicano, pues se le dignifica en la literatura seria, en las novelas de Frank Norris, Jack London, Ernest Hemingway y

muchos otros autores de menor talla. En México también el sentido de hombría típico de la Revolución se convierte en machismo exagerado al terminar la época del conflicto armado, más o menos en 1930, fecha también que señala Vicente T. Mendoza como el término del corrido auténticamente popular³⁵. Pasa entonces del folklore al cine y a otros medios de comunicación en masa.

Tanto en México como en Estados Unidos el machismo tiene cierto elemento de nostalgia; lo cultivan los que sienten haber nacido muy tarde. El macho norteamericano actúa como si el *Wild West* no hubiera dejado de existir; el macho mexicano se porta como si viviera en tiempos de Pancho Villa. Pero hay que hacer una distinción importante: Estados Unidos empezó con sentidos de inferioridad hacia Inglaterra; hoy quizás sea Inglaterra la que podría sentir lo mismo respecto a su antigua colonia. No es éste el caso con México, pues a pesar de sus progresos innegables vive todavía bajo la sombra del antiguo Coloso del Norte, hoy día más colosal que nunca. Y aquí por lo menos, quizás haya tenido razón don Samuel Ramos. Pero él notó también que sentirse inferior no es lo mismo que serlo³⁶. Podríamos añadir que sentirse pobre tampoco es igual a serlo, y más, que muchas veces es condición necesaria para dejar de serlo. Los grupos que se mueven hacia arriba, los pueblos en marcha, son los más dispuestos a los sentimientos de inferioridad. Tanto en Estados Unidos como en México, el machismo a pesar de todas sus lacras ha sido acompañante de todo un complejo de impulsos conducentes a una realización más perfecta de las potencialidades del hombre.

³⁵ Mendoza, *Lírica narrativa*, p. 14.

³⁶ Samuel Ramos. *El perfil del hombre y la cultura en México*, Espasa-Calpe, México D.F., 1951. "Colección Austral Núm. 1080", p. 52.